

Cinco minutos pasaron así, en horrible angustia.

Luego Julieta abrió los ojos, pasóse una mano por la frente, y al ver de rodillas á Casal recobró súbitamente la memoria, y la conciencia de su situación la embargó el ánimo con violencia de locura.

Y entonces, apartándose de él con terror, dijo:

—¡Idos, idos!... ¡Me habéis dado palabra de obedecer! ¡Ah! ¡Me matáis!

El quiso hablar y cogerla las manos, y ella repetía:

—¡Idos! ¡Me habéis dado vuestra palabra!

Casal no tuvo tiempo de replicar, porque ella había oprimido el botón del timbre de una campanilla eléctrica, y el joven, al ver aquel ademán, se levantó rápidamente.

Un criado entró.

—Excusadme, caballero—dijo la señora de Tillières;—sufro mucho y me veo obligada á dejaros... Francisco, acompañad hasta la puerta al señor Casal, y haced que venga en seguida mi doncella... Me siento muy mal...

IX

Casal celoso.

Ocurre á veces mofarse de hombres muy experimentados en asuntos de amor y de mujeres, recordándoles que suele haber un día en que tanta experiencia no les sirve absolutamente de nada.

Pero no impide, en verdad, que la ilusión simbolizada por la leyenda pagana, la clásica venda del Amor, se interponga, más tarde ó más temprano, entre las más despreocupadas y la realidad, en el momento en que el corazón está interesado.

Así se ve á un Don Juan conducirse con tanta ingenuidad como un Fortunio, y á un Casal pedir en matrimonio, con timidez incomprensible, á una mujer que es hace largo tiempo querida de otro hombre.

¿Será necesario reconocer en este fenómeno una prueba más del apoyo de la tesis que asimila el amor á una sugestión?

El hipnotizador pone un libro en la mano del sujeto dormido, y le dice: «¡Aspirad esta rosa!», y el hipnotizado se lleva el libro al rostro como si éste fuera una hermosa flor, y saborea con delicia el embriagador aroma...

La mujer que amamos nos cuenta las más romancescas, las más extrañas historias, y dé su boca idolatrada aceptamos como verdaderos esos relatos que, viniendo de otra mujer, nos harían reír y encogernos de hombros.

Casal no dudó ni por un momento, durante la escena en que se había decidido á declararse, de la veracidad de la señora de Tillières; creyó en la observación hecha por la madre, y creyó también en el misterioso juramento de no volver á casarse...

Y aun si Julieta hubiese imaginado otros pre-

textos más inverosímiles, á fin de prevenir todo conflicto entre Poyanne y él, Casal, este antiguo amante de la señora de Corcieux, de Cristina Anroux y de tantas otras, no habría tenido siquiera sombra de desconfianza.

De su visita obtuvo la doble evidencia de que Julieta le amaba y que no quería recibirle, y, sin embargo, no pensaba en utilizar la primera de esas dos certidumbres para luchar contra una resolución ante la que se inclinaba, ni más ni menos que un colegial en vacaciones ante los pretendidos remordimientos de una tía que le ha trastornado la cabeza...

Él amaba, y por vez primera; y el despertar al amor debía ser en él más terrible.

* * *

Hacia ya tres días que el joven salió de la casa de la calle Matignón, después de haber tenido en sus brazos á Julieta desmayada, sin apoyar sus labios, pálidos por la fiebre, en el beso que pedía, inclinándose sobre ella; tres días pasados en la devoradora ansiedad de los deseos contradictorios, en trazar borradores de cartas inmediatamente desgarrados.

El joven razonaba de este modo:

—Si yo intentase imponerme á ella, ¿qué sucedería? Que me juzgará mal, y nada más...

Existe una especie de código tácito del caballero que rige en cierta clase social todas las relaciones del hombre y de la mujer, y este código impone sus prescripciones lo mismo al enamorado que nada ha obtenido como al amante que parece gozar de todos sus derechos.

Por injusto que sea (considerándolo desde el punto de vista de la razón) este reglamento convencional, establecido en provecho de la mujer, un hombre se somete á él siempre por estimación de la que ama; y Casal, por grande que fuera su dolor, habría continuado sufriendo largo tiempo sin determinarse á nada, si no hubiese acontecido ese hecho que produjo en él la impresión que produce un soplo en los ojos del hipnotizado: romper el encanto del magnetismo.

Eran las dos y media de la tarde, y Raimundo, después de almorzar con Mosé en el café Inglés en un banquete dado á cierto príncipe extranjero, regresaba á su hotel, solo y á pie.

Digamos que había aceptado la invitación de aquel insidioso personaje por no quedarse abandonado á sus pensamientos, y precisamente se retiró cuanto antes con un pretexto cualquiera para volver á entregarse en absoluto á los mismos malditos pensamientos.

Los amantes desgraciados son así: huyen de su pena y luego la buscan con igual impaciencia para continuar enfermos ó curarse.

El joven seguía por la acera de la calle de la Paix; y, ¿por qué?... por escudriñar uno á uno los carruajes y los comercios, con la infantil esperanza de ver á la mujer con quien soñaba.

Su corazón latió rápidamente: Casal acababa de reconocer el caballo castaño, el cochero y el lacayo de Julieta... el mismo lacayo que le había acompañado hasta la puerta en su última visita á la calle Matignón.

El coche desembocaba por la calle de los Capucines, y una reunión de carruajes permitió á Casal apresurarse y llegar á la acera, de modo que la señora de Tillières no pudiese esquivar su saludo.

¡Quién sabe! ¡Quizá el verle así, acechando su paso, en el ángulo de la acera, quizá la conmoviera... y verla, aunque sólo fuese un momento, era todavía una ventura para aquel hombre apasionado!...

Mas he aquí que en la angosta ventanilla del coche descubrió, en vez del perfil delicado de Julieta, el semblante arrugado, las pupilas severas, los cabellos blancos de la señora de Nançay, esta madre suspicaz que le había cerrado la puerta del salón de su hija.

La anciana le reconoció también, y él vió con asombro que contestaba á su saludo con la más graciosa inclinación de cabeza, con una sonrisa amistosa de sus ojos graves y sus labios tristes.

Un parisiense no se equivoca en apreciar la elo-

cuencia de esos ademanes en que una mujer sabe expresar toda su simpatía ó su antipatía, su indiferencia ó su aborrecimiento; y Raimundo, que estaba con la impresión del relato que le habían hecho acerca de aquella madre, prevenida contra él, consideró como inexplicable la benevolencia de su saludo.

El contraste, en efecto, era demasiado brusco, entre ese afectuoso saludo y lo que le contaron de la anciana, primero la señora de Candale y después la misma Julieta, para que un hombre de su buen sentido no se extrañase.

—¡Vaya una cosa extraña!—pensó.—¿Por qué me saluda con tanta amabilidad, después de haber exigido, como lo ha hecho, que se me pusiera á la puerta en la calle Matignón?... Si es hipocresía, es perfectamente inútil... Pero ella tiene ahora fisonomía más expresiva para mí que el último día en que nos vimos en casa de la señora de Tillières... ¡Esto no lo comprendo!

Pasaba por la puerta del Círculo de los Mirlitons en el momento de pronunciar mentalmente esa frase; y encogiéndose de hombros, salió en derechura á la sala de armas, decidióse á quebrantar su alma rindiendo su cuerpo en violentos ejercicios de esgrima.

Y se entregó con tanta energía á su *sport* favorito, y pegó tantos botonazos á todos sus contrincantes, unos después de otros, como si éstos fueran sus rivales en el amor de Julieta.

Mas la frase que había pronunciado antes de la sesión de esgrima: «¡Esto no lo comprendo!», estaba resuelta y explicada cuando Raimundo, saliendo del Círculo, se dirigía á la calle de Lisbonne.

—¡No hay duda!—monologuaba así.—La señora de Nançay no tiene prevención ninguna contra mí, absolutamente ninguna. ¡Esto es evidente, después de su saludo! Además, ¿dónde tenía yo el talento para admitir que una madre prudentísima, que sabe lo que es la vida, pida á su hija que no vuelva á recibir á un hombre comprometedor y osado? ¡Como si esta exigencia no comprometiera más á la joven ante los amigos que van á la casa y ante la sociedad!... ¿Luego la discusión con la anciana señora sólo ha sido un pretexto? ¿Luego la señora de Tillières ha imaginado ese medio para no verme?... Pues tal habilidoso medio no es propio de ella, tan noble, tan sencilla, tan amable... á menos que...

Y vaciló algunos minutos ante la hipótesis que surgía en su mente, hipótesis horriblemente dolorosa, porque implicaba una mentira de Julieta... y cuando una mujer miente en tal asunto, no hay razón para que ella no haya mentido otras veces...

En el magnífico estudio que Shakespeare ha hecho de los celos en su inmortal *Otelo*, no se olvidó de marcar esta influencia de la analogía sobre la sospecha: la primera gota del virus venenoso es

inoculada en el corazón del moro por esta frase de Brabantio: «Ella, Desdémona, ha engañado á su padre; luego podría engañarte á ti...»

Casal poseía un espíritu demasiado viril para no preferir la verdad más amarga á la ilusión más dulce.

—Á menos que...—se repetía.—¿Y por qué no? A menos que ella me haya arrojado... Otros más fuertes que yo han sido arrojados por mujeres que no tenían esos ojos, ni esa sonrisa, ni esa voz, ni esos nobles modales... y luego es natural que me haya mentido, porque si quería no volver á verme yo no la daba ningún pretexto ni motivo para que me despidiese... Mas ¿por qué no recibirme? ¿Por su juramento? ¿Un juramento hecho á su marido antes de marchar á la guerra? ¡Esto lo comprendo menos que aquello! Cuando comencé á obsequiarla apercibiéndose perfectamente de mis obsequios, y yo no podía querer de ella sino dos cosas: ó ser su amante ó ser su esposo... ¿Su amante? No, no lo creyó jamás, porque me hubiera cerrado su puerta en el acto, ya que ella no quería ser mi querida... Luego debió prever que yo la pediría su mano un día ú otro, y el juramento existía ya, si es que le hay, y me dejó hacer... Pero ¿existe el juramento? Y si existe, ¿es acaso un pretexto como la discusión con la madre?... ¡Oh! ¿Qué hay en el fondo de esta súbita ruptura? ¡Vamos, Casal, vamos! Es preciso averiguarlo...

El soplo del realismo había pasado por los ojos del hipnotizado; la crisis del primer desencanto fué tan dura, que Casal necesitó, por la noche, ahogarla en alcohol... y él y su amigo lord Herbert quedaron incapaces de pensar y de hablar. ¡Tanto habían *cargado*, como decía el inglés en sus metáforas de *yachtman*!

Casal no tenía mejor compañero que Bohun para lances de tal género, porque el inglés era de esos borrachos taciturnos que se intoxican metódicamente y continúan tan firmes y rígidos como soldados en parada.

Mas en tales momentos lord Herbert no escuchaba ni respondía. ¿Cómo había llegado á sistematizar su pasión por el *whisky*, hasta el punto de ser muy contadas las noches en que regresaba razonable y lúcido á su domicilio?

La única persona á quien amaba en el mundo era Casal, ¿y por qué?

Herbert Bohun había sido, en su primera juventud, amante de una mujer que le engañaba con todo el mundo, y Casal la rechazó por su noble amistad con su camarada.

¿Lo sabía éste? Jamás se explicó acerca de ello; mas era cierto que, á través de las aparentes somnolencias de su embriaguez, conservaba lucidez bastante para adivinar lo que pasaba en el pensamiento y en el corazón de su único amigo.

En el momento de separarse, Herbert estrechó

la mano á Casal, diciéndole con acento singular esta frase del gran poeta de su país:

She was false as water...

Y tales palabras, *falsa como el agua*, representaban en sus labios la injuria más enérgica, teniéndose en cuenta la opinión que profesaba acerca de ese líquido.

Cierto que aquel consejo de desconfianza formulado así por el inglés respondía exactamente á las dolorosas ideas que hervían en la mente de Casal.

—¡Herbert tiene razón!—pensaba el joven á la mañana siguiente, lanzando á su caballo *Temerario* por las desiertas avenidas del *Bois*, bajo un cielo gris y una atmósfera pesada que torturaban sus nervios, irritados por el alcohol de la víspera.— ¡Herbert tiene razón! Las mejores no valen nada... y ella ¡una hipócrita! Sí, sí, porque me ha mentado en dos cosas... ¡Ah! Detrás de esta ruptura hay algo más... pero ¿qué?...

Y no quería darse la respuesta, ni decirse claramente la palabra que le devoraba el corazón.

Entreveía que la influencia de otro hombre explicaba solamente la súbita energía de Julieta, y no quería entreverlo así...

Y aquella tempestad interior dió por resultado, primero, que el pobre *Temerario* volviese á la cuadra cubierto de espuma y destrozado por larga carrera, y además, que el mismo Casal se dirigiese, á las dos, á la calle Matignón.

¿Para qué? Sabía de antemano que la señora de Tillières le habría cerrado definitivamente la puerta de su casa; mas le asaltaba imperioso deseo de cerciorarse de ello, calculando que existía una probabilidad contra mil para sospechar que ella no hubiese dado tan severa orden.

Y la fuerza de este deseo era tan viva, que Casal experimentó gran decepción cuando el lacayo le respondió con voz y fisonomía inexplorables:

—La señora marquesa no está en casa.

—Debía esperarme esto—se dijo Casal—¡y he venido para hacerme contestar así!...

Y retiróse con el paso melancólico de un hombre que no tiene objeto determinado en sus paseos.

Mas escudriñando la calle con la aguda mirada que funciona casi mecánicamente en los cazadores, pescadores y maestros de esgrima, apercibió en la otra acera una persona que caminaba en dirección contraria á la que él llevaba, y á quien primero no reconoció y luego saludó vacilando.

—¡Diablo! —exclamó, acordándose repentinamente.—¡Es el conde Enrique de Poyanne!... ¡Justo, el mismol... Está relacionado con la señora de Tillières... Me acuerdo de haber oído decir á la señora de Candale ó á Julieta, no recuerdo á quién, que regresaría de su excursión uno de estos días... ¿Irá á casa de ella?... Pues veré si le reciben... y si es así, no podré dudar de que la puerta está cerrada para mí.

Y volvióse para seguir con la mirada á Poyanne, en quien no adivinaba todavía un rival, y observó que el diputado, parándose en el umbral de la puerta, en la casa de la señora de Tillières, volvíase también para seguirle igualmente con la mirada.

Los dos hombres permanecieron inmóviles algunos segundos, mirándose, y en seguida el conde empujó la puerta... y no salió.

—¡Vamos!—pensó Casal.—¡Eso es! Ella está ahí, y le recibe, y á mí no me recibe... Pero ¿por qué diablo el conde ha parado su atención en mí? Porque cuando nos veíamos en casa de Paulina de Corcieux apenas nos dirigíamos la palabra... ¿Le habrá dicho la señora de Tillières que me ha despedido de su casa? ¿Y qué relaciones existirán entre ambos? ¡Es el único de sus amigos que no he visto con ella!... Mas recuerdo haber hablado de él... ¿En qué circunstancias?

Y después de algunos instantes acordóse con perfecta exactitud: fué en casa de la señora de Candale, un día en que Julieta estaba alegre y decidora; la condesa pronunció por casualidad el nombre del gran orador monárquico, y Casal empezó á burlarse de él; la señora de Tillières frunció súbitamente el ceño, y él, con su tacto habitual, conoció que se dirigía por mal camino, y cambió en seguida de conversación.

Casal recordaba ya estos detalles.

Mas ¿qué relación había entre sus preocupaciones de hoy y su impresión de entonces?

Él no se daba cuenta de este hecho, y, sin embargo, la imagen de aquel hombre, parado ante la puerta de casa de Julieta y mirándole fijamente, quedóle impresa toda la tarde.

En el juego de pelota de las Tullerías encontró al joven marqués de La Môle, diputado de la derecha, como Enrique, y le preguntó:

—Dime, Norberto, ¿conoces á Poyanne?

—Mucho. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque voy á comer con él un día de estos... ¿Qué hombre es ese?

—¡De mucho talento! Pero...

Y el joven marqués hizo con su guante el ademán de un barbero que afeita la barba, y añadió:

—¡En los grandes premios!...

—¿Y en sus relaciones con mujeres?

—¡Un predestinado! La suya le ha dejado, y habita en Florencia, con su Bonnavet... A él no se le conoce querida... pero... yo creía hace tiempo que era la señora de Candale, porque siempre que Poyanne hablaba en la Cámara, ella estaba allí, en la tribuna, con una de sus amigas, que la acompaña algunas veces en su platea de la Ópera... una rubia de hermosos ojos, un poco madura... ¿La conoces?

—No—respondió Casal, que había reconocido á la señora de Tillières en aquella rápida semblanza.—Pues justamente—añadió—la comida era en

casa de la señora de Candale; pero él estaba ausente...

—Ha regresado hace cuatro ó cinco días... Los dos pertenecemos á la comisión del ejército... Había ido al Doubs, para hacer una campaña que no ha tenido éxito...

Raimundo acababa de descubrir, en ese diálogo rápido, una pista nueva de sospechas dolorosas, y conocía que iba á serle imposible no seguirla inmediatamente. ¡Tan vivamente había llamado su atención la mirada cambiada con Poyanne, hacia este misterioso amigo de la señora de Tillières!

Al saber que el conde no tenía amante conocida, que los discursos del célebre orador eran escuchados asiduamente por Julieta, y que el regreso de ese personaje coincidía en absoluto con su despedida de la casa de la calle Matignón, ¿no tenía suficientes datos para provocar en su imaginación una crisis de celos?

Y pensando por la noche, tendido en un diván de su gabinete, y embriagándose de tabaco, contra su costumbre, é incapaz de sufrir ni aun la conversación de su amigo Herbert Bohun, razonaba así:

—Sí; hay un hombre detrás de semejante resolución de echarme de su casa; esto está claro, perfecto, absoluto. Para que Julieta no me haya rogado sencillamente que la haga pocas visitas, es menester que alguien se haya interpuesto, diciéndola: «Ó él, ó yo;» ¿ese alguien será Poyanne?... Por

medio de D'Avançon lo averiguaré... Ya cogeré á este viajero en el Círculo... Luego Poyanne ha puesto su veto... ¿Y con qué derecho, si no es su amante? ¡No, no lo es!... Y si lo fuese, ella sería una coqueta sin igual... ¡Bah!...

Y sublevándose enérgico contra su mismo dolor, añadió:

—¿Y por qué no lo sería?... ¡Por eso la ha divertido el hecho de arrojarme de su casa! ¡A mí, á Casal, pisotearme con sus lindos pies, á causa de todo lo malo que la han dicho de mí!... Su anciana madre, su juramento, el vago fantasma de su marido muerto en la guerra, todo, en suma, lo ha presentado para burlarse de mí... ¡No, no! ¡Ella es sincera! ¿No he necesitado esfuerzos supremos para que se me abriera la puerta de su casa? Y luego, en mi primera visita, su palidez, su rubor, y después su actitud en el palco de la Ópera y en casa de la señora de Candale... ¿Y su tristeza de estos días últimos?... ¿Pero si es la querida de Poyanne, y no puede separarse de él, por una razón cualquiera, aun amándome?...

Y repetía en alta voz, con amargura infinita, estas palabras:

—¡La querida de Poyanne!

Y repitiéndolas, por brutales que fuesen, pensando en Julieta, encontró en su fiebre de desconfianza el poder de fustigar la imagen que se había formado de aquella mujer...

Y figurándose en los detalles de una cita galante, y esta visión exaltaba su turbación íntima hasta el frenesí, concluyó de este modo:

—¡No puedo seguir así! Quiero saberlo todo, y lo sabré...

¡Cuántos maridos, cuántos amantes atormentados por el aguijón de la duda, tan angustioso como la agonía de la muerte, se han dicho la misma frase y se han estrellado contra el mismo indescifrable problema!

La primera idea de Casal fué poner en persecución de la señora de Tillières á uno de los finos sabuesos de policía privada, cuya existencia es vergüenza y deshonor del París moderno; mas en seguida el joven experimentó repugnancia ante el pensamiento de entregar el nombre de la que amaba, no obstante sus desconfianzas, á los infames ejecutores de tan bajas obras de los celos.

Había en él esa rectitud nativa que reaparece en las horas trágicas de la existencia, por lo mismo que la sublevan la objeción de ciertos compromisos; y después de haber meditado largamente sobre las relaciones que hubiera entre Poyanne y Julieta, el joven decidió que la señora de Candale debía saber la verdad, y formó este plan:

La señora de Candale amaba tiernamente á la señora de Tillières, y admitiendo que existiese un lazo oculto entre ésta y Poyanne, ella debía preguntarse con ansiedad lo mismo que Raimundo

solamente sospechaba; y con estas condiciones él estaba seguro de sorprenderla y adivinar la verdad, dirigiéndose á ella bruscamente, y diciéndola: «¡Lo sé todo!» la condesa, es claro, defendería á la señora de Tillières, y entonces él nombraría de repente á Poyanne y observaría si la segunda defensa de Gabriela era idéntica á la anterior...

La habilidad de este plan le pareció tan clara, tan fuerte, que Casal resolvió ejecutarle en el mismo día; y á las dos de la tarde entraba el joven en el salón de la calle de Tilsitt, donde hubo disfrutado, con Gabriela y su amiga, tan dulces horas de conversación afectuosa.

Alfredo Mosé estaba allí, y un detalle probará el desarreglo moral de Raimundo; él, que consideraba con justicia al nieto del célebre banquero israelita como el más fino de los hombres y el más difícil de engañar, apenas ocultó su disgusto al encontrar un tercero entre la condesa y él.

Pero Mosé poseía, al servicio de su conducta en sociedad, un tacto de superior delicadeza, y no permaneció en el salón sino diez minutos después de la llegada de Casal: el tiempo necesario para no aparentar que él estaba allí de más.

—¡Ah, ya!—se decía Alfredo, bajando por la escalera.—¿Habrás algo entre la bella condesa y Raimundo?

Y mientras éste sutil observador, tan hábil diplomático en la maniobra de su propio interés, re-

pasaba mentalmente los diversos datos que podían dar cuerpo á su hipótesis, Casal empezaba ya el ataque de la manera brusca que él juzgaba, no sin razón, el mejor procedimiento para sorprender el secreto cuya posesión debía matar de golpe su amor...

Porque se había jurado que si lograba adquirir la prueba de una intriga entre Poyanne y Julieta, consideraría á esta última como muerta para él, y pensaría en ella sin más emoción que si se tratase de una actriz ó de una mujerzuela.

—¿Sabéis, señora—dijo, cuando la puerta se cerró detrás de la silueta de Mosé, y después de un minuto de esos silencios que presagian tempestades—que vos y la señora de Tillières no habéis sido muy galantes, burlándoos de mí?

Y para lanzar esta brutal frase había adoptado el acento y la actitud de hombre osado, víctima de una mistificación, por él descubierta, y que se apresura á arrojarla al rostro del mistificador.

Y Gabriela le respondió con ansiedad singular:

—¡Explicaos!

Y añadió:

—Además, no tengáis ese aspecto de vengador... Cuando se trata de mi amiga y de mí, eso es muy desagradable.

La altiva condesa se preparaba á incomodarse, á fin de cortar de golpe la conversación, si él la dirigía por sitios vedados, suponiendo, desde luego, que Casal sospechaba algo; ¿pero qué?

—No—prosiguió Raimundo—no habéis sido muy galantes, porque imaginasteis mezclar en toda esa historia á la señora de Nançay, cuando era más sencillo que vuestra amiga me hubiese dicho francamente: «Caballero, confío en vuestro honor, porque sois hombre digno; pero sabed que no soy libre... Me estorbáis, por lo tanto, viniendo á mi casa, y quizá destruiréis mi porvenir. ¡No vengáis más!»

—Continuáis hablando con enigmas—dijo la señora de Candale frunciendo las cejas—pero tal vez es mejor; me habéis despreciado pocos días hace y habéis entrado de nuevo en vuestra antigua banda... y ahora temo que, al venir aquí, os hayáis equivocado...

—¡Pues bien!—replicó él con acento cada vez más seco y áspero.—Si queréis, señora, que ponga los puntos en las *íes*, iré rectamente al fin; he sabido, ¿ois, señora?, he sabido que la señora de Nançay no tiene parte alguna en la resolución de la señora de Trillières; he sabido que un hombre la ha impuesto la exigencia de despedirme, porque tiene derecho para ello... y conozco su nombre...

Mas si Casal esperaba sorprender una emoción cualquiera en el delicado rostro de la condesa, se equivocó en su esperanza: Gabriela hacía *crochet* con sus finos dedos, su boca estaba inmóvil, sus ojos seguían el trabajo de las manos; su actitud, en suma, era la más natural del mundo.

Pero aunque Gabriela era fiel amiga y muy prudente, era en primer lugar mujer y curiosa, y dejó hablar á Raimundo para saber más.

—¡Ah!—insistía él.—No me contestáis, y hacéis bien; comprendéis que es un poco duro ser sacrificado á los celos... ¿de quién?... de un Félix Miraut, un pintamonas que se cree gran artista del Renacimiento porque se viste de veludillo para copiar ramos de lilas y una rosa...

Y de este modo fué trazando una caricatura atroz del bravo artista, interpretando en mal sentido algunas puerilidades inocentes de Miraut, puerilidades que son siempre inseparables del talento. Casal contaba con engañar así á su fina interlocutora, aunque hablando de Miraut pensaba en el otro, en su rival, y su voz salía mofadora y durísima, y su fisonomía expresaba un sufrimiento que, efectivamente, engañó á la condesa, quien le sonrió con indulgencia como á un amigo enfermo.

—¿Pero estáis loco, mi pobre amigo?—respondió.—¡Loco de remate! Miraut con derechos sobre la señora de Trillières... ¡bah! ¡Ni siquiera puedo incomodarme con vos! ¡Miraut! ¿Por qué no, d'Arnelles, ó Prosny, ó d'Avançon? . ¡Bah, bah! Mientras estáis ahí deberíais desconfiar de D'Avançon... Os aseguro que las asiduidades de un hombre tan peligroso son bello asunto de meditación para un conocedor de caracteres... como vos lo sois.

—Entonces, si no es Miraut...—dijo Casal con